

Gregorio Carrasco Serrano (coord.), *Religión y cultos en la Meseta sur de Hispania durante época romana*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla La Mancha, 2021, 373 pp. [ISBN: 978-84-9044-446-7 978-84-9044-447-4].

La obra que reseñamos tiene como objetivo presentar un estado de la cuestión y las principales novedades de la religiosidad en época romana en el territorio de la Meseta meridional, fundamentalmente las actuales Castilla-La Mancha y la Comunidad de Madrid. Lo hace, sobre todo, desde la revisión de las fuentes epigráficas y los restos arqueológicos de cada una de las provincias actuales de este espacio geográfico. Se trata de un libro coordinado por el profesor Gregorio Carrasco, quien suma con esta obra una más a los numerosos trabajos que ha realizado en los últimos años para revitalizar los estudios sobre la actual Castilla-La Mancha en la Antigüedad. La profusa actividad investigadora y divulgativa del coordinador de la obra y la interesante actividad arqueológica que se lleva a cabo en la región –que en algunos casos es expuesta en esta obra– convierten a este libro en un trabajo de interés para los estudiosos de la romanización y del mundo clásico en general.

Después del prólogo de Gregorio Carrasco, de la Universidad de Castilla-La Mancha, la obra puede ser dividida en dos partes con un capítulo “intermedio” de transición. La primera incluye cinco capítulos sobre testimonios epigráficos relacionados con la actividad religiosa y cultural en cada una de las cinco provincias castellanomanchegas y Madrid. Nos encontramos con trabajos presentados por los expertos Rubí Sanz, Jorge Sánchez-Lafuente, Javier Andreu, Julio Mangas y el propio Carrasco. Este último presenta Ciudad Real como “zona de tránsito obligado y continuo movimiento de destacamentos militares” (p. 12), lo que sin duda provocó que los cultos romanos se fuesen extendiendo de forma temprana. Carrasco destaca en Ciudad Real la invocación a los *Manes* –que también vamos a ver en otras provincias– y señala que las deidades que más se repiten en la epigrafía de la provincia son Júpiter, Marte, Tutela y Mercurio y que “la religión ejercería un papel impulsor o incentivador de las acciones de evergesía” (pp. 23-24) con un culto imperial, el que era el más extendido, que tenía como objetivo el ascenso social de las élites.

La provincia de Albacete es presentada por parte de Rubí Sanz como “cruce de importantes vías peninsulares” (p. 33) con documentos epigráficos y elementos arqueológicos que atestiguan la religiosidad de la zona. Allí destaca el conocido santuario ibérico del Cerro de los Santos, que ocupa gran parte del capítulo como “ejemplo elocuente de cómo Roma mantuvo determinados centros religiosos, de cómo estos asimilan los nuevos modelos aportados por los itálicos, y de la continuidad en el uso como lugar de culto en el siglo I d. C.” (pp. 38-39). Además, se presentan en este apartado espacios públicos como el foro de *Libisosa* y privados como la villa de la finca de El Batanejo que incluyeron funciones religiosas. De nuevo, se repite el predominio del politeísmo con el culto a los dioses *Manes* y se intuyen los inicios del cristianismo con el hallazgo de sarcófagos decorados.

Jorge Sánchez-Lafuente es el único autor que hace referencia a dos provincias, en este caso Cuenca y Guadalajara. Recuerda que “la religión lo impregnaba todo en la vida del hombre antiguo” (pp. 77-78) y que “como elemento de afirmación identitaria es un medio, entre otros, al alcance de un grupo social para difundir la conciencia de sí mismo y protegerse de otros grupos” (p. 81). Es decir, un medio de diferenciación social. Según explica este autor, en el caso de Cuenca y Guadalajara vamos a ver cómo los teónimos indígenas en epígrafes altoimperiales conviven junto a cultos como Epona, Diana, Hércules, *Dis Pater* y de nuevo los propios dioses *Manes*. Si se produjo una continuidad o una convergencia entre los cultos indígenas celtibéricos y los romanos, como ocurre en el Santuario a Diana en Segóbriga, también ocurre lo mismo con el posterior paso al culto cristiano. No en vano, nos encontramos con muchas capillas cristianas en los entornos de los yacimientos romanos. La provincia castellanomanchega restante, la de Toledo, es abordada por Javier Andreu, quien se detiene a lo largo de su capítulo en las comunidades de *Caesarobriga* y *Toletum* y recuerda que en época antigua su territorio formaba parte de dos conventos jurídicos diferentes, el *Emeritensis* y el *Carthaginensis*. También resalta Andreu en el caso de esta provincia que nos encontramos inscripciones de diverso tipo, destacando las indígenas y las divinidades del panteón romano y, en menor medida, las que tienen que ver con el culto imperial. Algunas de estas divinidades indígenas “que alcanzaron una expansión mayor en la geografía de la céltica peninsular” (p. 117) son *Ataecina* o *Bandua*. En cuanto a las del panteón romano, vuelven a destacar Júpiter, las Ninfas y *Tutela*.

La última provincia presentada en el volumen es la de la Comunidad de Madrid, a cargo del historiador Julio Mangas. También defiende el autor en este caso la importancia de este ámbito territorial en época antigua, ya que “cumplió sin duda una función importante en los varios conflictos del periodo republicano” (p. 133). Mangas estudia la religiosidad en las tres cabeceras de ciudades cuya localización damos por segura: *Complutum* (Alcalá de Henares), *Titulcia* (Titulcia), de la que apenas se tienen datos, y *Mantua* (Villamanta). La primera, como “sede del mayor centro cultural de la región” (p. 137), presenta epígrafes votivos, de dioses romanos y culto imperial a través de un *collegium* de libertos. La actual Alcalá de Henares contó, por tanto, con una hegemonía religiosa que le dio “un comportamiento social, económico y religioso, semejante al de la cabecera de un *conventus iuridicus*” (p. 147). En el caso de *Mantua* se dio el problema de que el primer papa de Roma de origen hispano, San Dámaso, era de este lugar y, probablemente, ordenó que toda imagen y aras votivas relacionadas con el culto grecorromano fueran hechas desaparecer.

El capítulo presentado por el filólogo Javier Velaza puede considerarse como uno de transición entre aquellos que acabamos de ver, en los que se presenta el panorama epigráfico de las provincias de la Meseta meridional, y los capítulos siguientes, en los que se explican casos tipológicos concretos. Explica Velaza en este capítulo sobre permanencia e innovación en la epigrafía religiosa castellanomanchega que “los cultos de los pueblos paleohispánicos convivieron primero con las variedades de la religiosidad romana y, finalmente, fueron sustituidos por ella” (p. 159). Se trata, en cualquier caso, de un territorio con una intensidad epigráfica de inscripciones paleohispánicas reducida. En cuanto a la epigrafía romana religiosa, esta se encuentra sobre todo en Cuenca (42% del total) y en Toledo (28%) y llama la atención el escaso número de epígrafes procedentes de Albacete (2%). Del capítulo de Velaza hay que

destacar los interesantes gráficos presentados que permiten comprender no sólo la distribución provincial de los epígrafes, sino también el reparto entre áreas urbanas y rurales, la división de los dedicantes según clase social o las divinidades romanas que más se repiten, entre otras cosas. En cuanto a esto último, sobre todo predominan aquellas de las que ya hemos ido hablando: Júpiter, Hércules o Diana.

En la segunda parte del volumen nos encontramos con capítulos que podríamos denominar como temáticos o tipológicos. El primero, de Guadalupe López Monteagudo, hace un interesante análisis de los mosaicos romanos de la Meseta sur y sus referencias religiosas y mitológicas. Llama la atención que predominen los mosaicos en los que se constatan divinidades y mitos que hacen referencia al medio acuático, a pesar de que se trata de una región del interior peninsular, tema al que se añaden otros como los báquicos, en relación con la actividad vitivinícola de estas provincias, personificaciones alegóricas del ciclo anual y otras imágenes como las de mitos épicos. Así, los mosaicos se convierten en intermediarios “de la sociedad, como documentos de la forma de vida de las élites y de los valores esenciales de época romana” (p. 231) que, sin duda, tienen mucho que ver con la religiosidad.

Alicia Arévalo se detiene en el siguiente capítulo en la moneda y en su relación con la religión romana en la Meseta sur. Tal y como comenta la autora, “es sabido que la religión y la representación de las élites fueron los principales temas figurativos de las acuñaciones greco-romanas” (p. 233). De hecho, como hemos visto, las religiones paleohispánicas y la romana se fueron integrando hasta que desaparecieron las primeras, y algo similar ocurrió con las monedas, pues “se debe considerar a la amonetación hispánica como unas emisiones relativamente prolongadas en el tiempo que se integraron en un sistema plenamente romano” (p. 234.). Uno de los lugares donde se conjugaron la religión y las monedas fueron las necrópolis, sobre todo a partir del siglo I d. C., en las que se observa una preferencia por la moneda local frente a la foránea, tal y como se aprecia en la necrópolis de Segóbriga, donde en muchas ocasiones formaban parte del ajuar funerario.

A continuación, nos encontramos con un apartado de la historiadora Silvia Tantimonaco sobre el culto a los dioses *Manes*, un tema al que ya hemos hecho referencia en varias ocasiones a lo largo de esta reseña. Lo interesante del empleo de la fórmula *Dis Manibus* que presentan muchas inscripciones funerarias es que “al ser tan característico de las tumbas romanas, termina siendo un valioso índice de romanización” (p. 271). Tal y como explica la autora, el estudio del culto a los *Manes* a veces se convierte, al fin y al cabo, en el estudio de la epigrafía funeraria de época romana. Tantimonaco presenta en este capítulo un interesante análisis de estelas, aras o placas, por citar las más frecuentes, con sus respectivas imágenes incluidas, procedentes de lugares como Alcalá de Henares, Talavera de la Reina o Villamanta que hacen referencia a estos dioses de la mitología romana. Precisamente Segóbriga, un verdadero parque arqueológico que ya hemos citado, es el tema principal del siguiente capítulo, de Rosario Cebrián. El espacio forense de Segóbriga ya mostró para 2006 “la precocidad del culto a la dinastía julio-claudia ligado a su propaganda y su difusión en el territorio de la antigua Celtiberia” (p. 301). De hecho, la arquitectura, la epigrafía y la estatuaria del espacio forense de esta ciudad revelan hasta qué punto se practicaron en el foro de Segóbriga rituales religiosos en honor al emperador y a su familia.

El filólogo Javier del Hoyo presenta a continuación un capítulo interesante sobre la presencia de sacerdotisas, esposas y devotas en la epigrafía religiosa de la

Meseta meridional. Se trata de un enfoque atractivo para estudiar la religiosidad a través de la mujer hispanorromana y su presencia en la epigrafía latina. A pesar de encontrarnos ante un territorio vasto en el que aparecen esclavas, libertas, indígenas y ciudadanas romanas con una onomástica completa, del Hoyo llama la atención sobre el escaso número de dedicaciones femeninas, hecho que impide obtener grandes conclusiones. Finalmente, Jorge Sánchez-Lafuente, quien ya había abordado en un capítulo precedente la epigrafía de Cuenca y Guadalajara, cierra el volumen con unas reflexiones acerca del *procurator C. Iulius Silvanus Melanio* y la controversia pagano-cristiana en la que este personaje se vio inmerso en las ciudades en las que fue ejerciendo sus magistraturas y que conocemos gracias a la epigrafía.

En definitiva, el planteamiento que hace Gregorio Carrasco junto a otros autores es interesante no sólo por la cantidad de datos presentados, sino por los distintos enfoques con los que se detallan tanto de forma exhaustiva como de manera más específica. Todo ello proporciona un marco sobresaliente para entender la religiosidad en el mundo hispano antiguo y supone una fuente de inspiración para otros trabajos que podrían desarrollarse en otros territorios sobre el mismo tema.

Javier Larequi Fontaneda
Universidad de Navarra
jlarequi@unav.es